

RESEÑAS

DE LIBROS

Bajo la más cándida forma

¡Cuánta suerte la de Tablada hoy! Después de los reveses sufridos a manos de un editor irresponsable, que mantiene en *preparación* sus obras, y de historiadores melodramáticos, que lo acusan de los "errores" de una época, a él solo, como si fuera un Robinson mexicano, José Juan Tablada es atendido, en uno de sus aspectos más insólitos, por la Academia Mexicana de la Lengua, a la que él perteneció, y por el Fondo de Cultura Económica, casi 40 años después de la muerte del poeta. *Hongos mexicanos comestibles* es un regalo para el gastrónomo y, sobre todo, por el requisito de sus ilustraciones es un objeto bello, el libro de un artista.

La grandeza de Tablada se recuerda frecuentemente, a propósito de los más diversos temas, en los más diversos lugares: en las columnas de un comentarista político lo mismo que en las páginas de los ensayistas literarios. A pesar de que la obra de Tablada es inaccesible, de que los juicios sobre él se hallan dispersos, de que es inservible la historia oficializada de la literatura en México —de algo serviría si consiguiéramos sacarla de su didactismo—, bastaría la mención de los géneros que cultivó para reconocer luego su importancia: poesía, novela, crónica literaria, autobiografía, crítica de arte, traducción, historiografía, sátira, prólogo, etc. Es decir, poeta y prosista cuyas excelencias no le impidieron chistear (*Del humorismo a la carcajada*, 1944) ni dejar de ofrecer lecturas a los niños (*El arca de Noé*, 1926).

La poesía de Tablada ha sido celebrada por sus contemporáneos y también por las generaciones que lo han sucedido. Por ella ocupa el centro de una tradición que en México abarca más de cien años, torre de luz entre el pasado y el futuro. No ocurre igual con

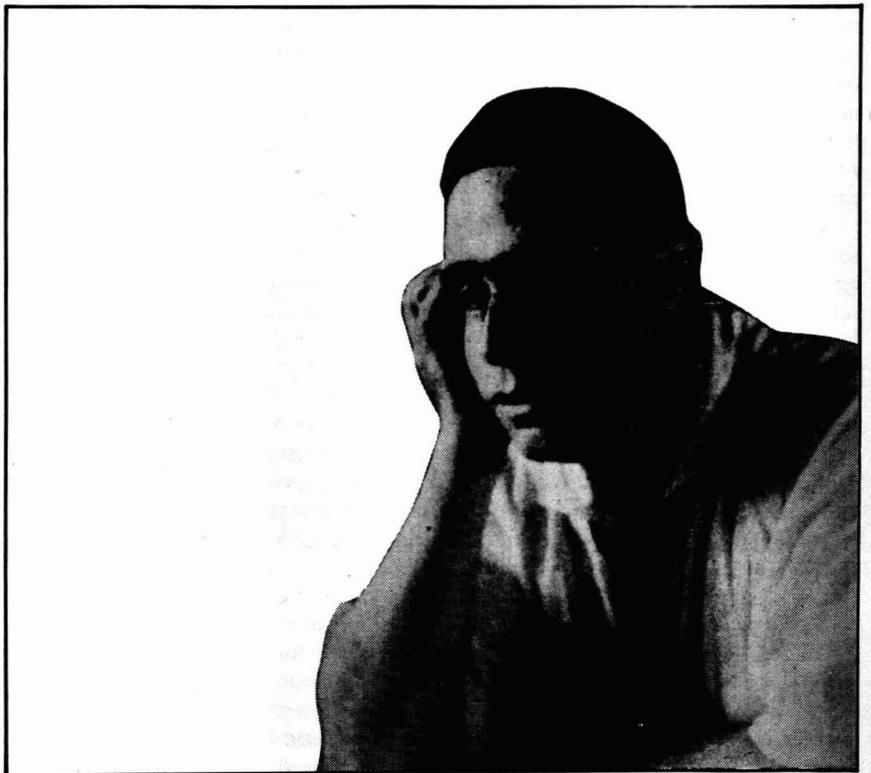
su prosa a causa de la muerte de sus contemporáneos, que la admiraron conforme se iba edificando sin preocuparse por dejarnos un testimonio concienzudo del hecho (nadie se arriesga a llevar un diario crítico de lecturas). Los lectores actuales de todos modos coincidirán, cuando logren leer a este Tablada desconocido, con aquellos que dejaron por lo menos unas palabras de aproximación. Por ejemplo, Rafael López (otro artista de la prosa perseguido por los dictadores del lenguaje *négligé*), al reconocer como maestros insuperables a Manuel Gutiérrez Nájera y a Tablada, dice de las crónicas *literarias* (conviene subrayarlo) de este último "que brillan en la pesadez de los grandes rotativos como jades litúrgicos circuidos de oro sobre el sagrado abdomen de un mandarín". Y ese carácter de jadeísta no le estorbó a Tablada y escribió como botánico, por paradoja didáctico, acerca de los hongos.

Si pensamos en las autopistas culturales que suelen recorrer velozmente los escritores, es verdaderamente notable el interés de Tablada por los hongos. No pasa de largo en medio del bosque. Se detiene como Hiroshigué, "el pintor de la nieve y de la lluvia, de la noche y de la luna", frente a un paisaje, microscópico por contraste. Contempla el ignorado alimento "y luego, como

inspirado, con pincel febril, sobre un papel que palpitaba al viento matinal como las alas de las garzas, se puso a dibujar". Lo notable de Tablada se ennoblece aún más cuando vemos sus copias a la acuarela de los humildes hongos, una de las cuales mereció el elogio de Diego Rivera —según cuenta José María González de Mendoza, el prudente crítico y amigo del escritor. ¿Sirvieron los hongos de pretexto a Tablada para dibujar y pintar en los ratos de ocio? González de Mendoza no nos da más datos acerca de esta cuestión. En el preámbulo del libro Tablada escribe:

Mas no suponga el lector erudiciones técnicas. Vamos a ver con admiración, con júbilo, con horror a veces y siempre con sorprendida curiosidad, las formas más insospechadas y las tragedias más imprevistas. Vamos a ver asesinos crueles, cándidos y luminosos como ángeles; xúchiles en lenta combustión de luz fría, como haz de fuegos fatuos; caracoles del mar de nácar y múrice; el molde cóncavo del seno de Afrodita y al mismo Priapo revistiendo un velo nupcial.

(González de Mendoza comenta que el poeta, a pesar de su sencillez y claridad, cede a su instinto e intercala aquí o allá una reminiscencia literaria, una metáfo-



José Juan Tablada

▲ José Juan Tablada: *Hongos mexicanos comestibles*. *Micología económica*. Fondo de Cultura Económica / Academia Mexicana, México, 1983.

ra colorista, una imagen objetiva y brillante.)

Esa fascinación por los misteriosos hongos, "manjar de los césares y tósigo de sus venganzas", de considerable importancia entre los aztecas, como el maíz o el maguey, explica en parte el deber que Tablada cumplía con su investigación: "poner un platillo más en la mesa de los humildes". Pero ese deber "patrio" que él se impuso no existiría sin el lado plástico del que habla en el prólogo (*Torii*, pórtico sagrado) de su monografía sobre el genial Ychirusai Hiroshigué:

Por el mundo pictórico de Hiroshigué, hace largos años que transito, como infatigable peregrino; con la rama de un abeto de sus selvas, hice mi báculo; el agua de sus lluvias traigo en el calabazo atado a la cintura; he cosido las conchas recogidas en sus mares en la parda esclavina del romero, y la nieve de sus crepúsculos ha caído ya sobre mis cabellos...!

Ahora, de regreso, como esos piadosos labriegos japoneses, que retornan al cabo de largos años a su aldea, después de cumplir la "peregrinación de los Cien Templos", voy a hacer, con mis manos, un templo votivo al ánima venerable y creadora del mundo, al genio de ese demiurgo amarillo, al espíritu del "Kami" Hiroshigué...

En realidad, Tablada tenía 43 años de edad cuando escribió lo anterior, en 1914, y viviría 31 años más; *El florilegio*, su primer libro de poemas, había quedado demasiado lejos de su obra posterior, realizada entre los 47 y los 57 años. En los retratos del poeta cuarentón no hay canas visibles, por lo que esos largos años de que habla, esa nieve crepuscular es exactamente una metáfora del esfuerzo que por fin le permitió acercarse a su maestro Edmundo de Goncourt y continuar "en parte" los interrumpidos estudios de éste sobre pintores japoneses. Tablada confesaba el ánimo con que se había propuesto escribir el libro al madurar sus estudios artísticos, lo cual ocurrió no sólo en un sentido intelectual sino, como ahora podemos ver, también práctico. Después de 1914 dio conferencias, escribió artículos sobre pintura y en 1927 publicó una *Historia del arte en México*.

El conocimiento del mundo pictórico,

sus espléndidas incursiones en él, no le restaron modestia para dejarnos más de cien ilustraciones de hongos, en su mayoría acuarelas, ni esa llaneza para exponer adecuadamente tan extraño tema. El riesgo era enorme, pero Tablada lo enfrentó con buena fortuna. Y ahora, Andrea Martínez, encargada de la edición, considera que el libro se defiende bien de los embates de la ciencia: "Al cotejarlo con la amplia bibliografía especializada, bajo su confusión aparente resultó válido en su mayor parte, y sus pocos errores e imprecisiones, de importancia secundaria, pudieron ser fácilmente rectificadas". Es digno de rivalizar con los mejores tratados actuales.

Es un libro concebido por un espléndido artista. Imagino a un crítico de artes plásticas, a un botánico y a un crítico de literatura discutiendo acerca de este libro, un auténtico hongo —"manjar alimenticio y exquisito" o tentación venenosa—, frente a la aburrida y pusilánime librería mexicana. Banquete *interdisciplinario*. ¿Qué harían ellos con este derroche inusitado? También imagino a un poeta que acepta una cantidad de nombres, naturales y artificiosos, con los cuales da inicio a poemas sádicos, voraces o románticos. Y es que Tablada creó en español los nombres de los hongos, dotándolos de una original intensidad. Pero lo mejor del libro es sin duda su generosidad —la del autor, la del editor—; hace pensar en que no es imposible ver editadas en esta década las demás obras de Tablada.

Jaime G. Velázquez

Para leer a Lorca

Como se sabe, la obra de Federico García Lorca fue objeto, durante mucho tiempo, de un descuido editorial realmente lamentable. En parte, ese descuido fue consecuencia del proceso de mitificación al que fue sometida la figura del poeta, sobre todo a partir de su muerte en los primeros días de la Guerra Civil Española: para los franquistas lo mismo que para sus enemigos, Lorca

era un símbolo político que había que rebatir o defender; para muy pocos era un poeta a quien había que leer. Así, la demagogia se conjugaba con la indiferencia para producir una edición de las *Obras completas* que era cualquier cosa menos que completa o fiel: una edición plagada de erratas y confusiones, donde los textos suprimidos o cortados eran casi tantos como los textos reproducidos en su integridad. Y si se agrega a esto el hecho de que la mayoría de las ediciones de tirada masiva también se basaron en esta misma edición de las *Obras completas* (por no decir nada de las traducciones fundadas en ella), uno empieza a vislumbrar las dimensiones del atropello cometido. Efectivamente, sería muy difícil encontrar a otro poeta de la categoría de Lorca cuya obra fuera tan maltratada por sus editores como lo fue durante tanto tiempo la suya.

Afortunadamente, en los últimos años se ha hecho mucho por corregir esta situación. Con la muerte de Franco en 1975 desapareció no sólo la censura sino también el pretexto que tenían los unos y los otros para no ver en el poeta más que su valor político. Es decir, con la instauración de la democracia en España, Lorca pudo empezar a ser valorado no por lo que representaba sino por lo que había escrito. Y, desde luego, al volver a la obra del poeta, los lectores se dieron cuenta en seguida de la necesidad urgente de que se estableciera el texto de una forma mucho más rigurosa y completa. Una de las llamadas de atención más vehementes en este sentido fue la que publicó Daniel Eisenberg en su brillante libro sobre *Poeta en Nueva York: Historia y problemas de un texto de Lorca* (Ariel, Barcelona, 1976). Allí, además de sentar las bases para la futura edición crítica de uno de los textos más difíciles del poeta (difícil no sólo de interpretar sino también de establecer), Eisenberg se refirió a las terribles deficiencias que padecía en general la edición entonces vigente de las *Obras completas* (la de Aguilar). En un apéndice de su libro presentó una lista de nada menos que 41 textos de Lorca, ya publicados, que no habían sido recogidos en las *Obras completas*; y a esta lista agregó otra en que señaló los numerosísimos manuscritos inéditos —de poemas, cartas, discursos, obras de teatro, etc.— que también seguían sin recogerse. Lamentándose a la vez de la arbitrariedad con que anteriormente se

▲ Federico García Lorca: *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. Ed. facs. del manuscrito autógrafa. Institución Cultural de Cantabria, España, 1983